

Hipólito Cerés era un hombre famoso, un hombre feliz. Estaba desconocido; aumentaba por momentos la elegancia de sus trajes y de sus maneras; abusaba un poco de los guantes blancos. Muy sociable ya, hizo pensar a Evelina en la conveniencia de que lo fuese menos. La señora Clarence veía con gusto aquel desposorio, satisfecha del porvenir de su hija y de tener todos los jueves flores para su salón.

La ceremonia matrimonial presentaba dificultades. Evelina era devota y quería recibir la bendición de la Iglesia. Hipólito Cerés, tolerante, pero librepensador, sólo admitía el matrimonio civil. Hubo discusiones, y hasta escenas desgarradoras. La última tuvo lugar en el aposento de la novia, cuando redactaban las invitaciones. Evelina declaró que sin el consentimiento de la Iglesia no se consideraría casada. Propuso un rompimiento, irse al extranjero con su madre o meterse monja. Luego, enternecida, suplicante, débil: gimió. Y todo gemía con ella en la estancia virginal: la pililla del agua bendita, el ramo de boj puesto a la cabecera del lecho, los libros devotos sobre el mármol de la chimenea, la imagen blanca y azul de Santa Orberosa con el Dragón encadenado... Hipólito Cerés hallábase conmovido.

Bella en su dolor, con los ojos brillantados por sus lágrimas, con las muñecas rodeadas por un rosario de «lapis lázuli», como si las encadenara su fe: de pronto Evelina se arrojó a los pies de Hipólito y se abrazó a sus rodillas, desfalleciente, despeinada.

El perdía firmeza y balbuceaba:

—Un matrimonio clerical; una ceremonia en la Iglesia... Los electores acaso lo toleren, pero el Comité no querrá tragárselo... Trataré de convencerlos y les hablaré de la tolerancia, de las imposiciones sociales... También ellos dejan comulgar a sus hijas... En cuanto a mi cartera ¡diablo! se ahogará en agua bendita.

Ella se levantó grave, generosa, resignada, vencida.

—No insisto ya.

—¿Renuncias al matrimonio religioso? ¡Es lo prudente!

—Sí; pero trataré de arreglarlo a satisfacción de todos.

Visitó al reverendo padre Douillard, quien se mostró

más abierto y acomodaticio de lo que Evelina pudo prometerse.

—Es un hombre inteligente, un hombre razonable y ordenado: él mismo ha de venir hacia nosotros. Le santificaréis: no en vano le ofrece Dios una esposa cristiana. La Iglesia no exigé siempre, para sus bendiciones nupciales, la pompa y las ceremonias. Ahora que se halla perseguida, la lobreguez de las criptas y el misterio de las catacumbas convienen a sus fiestas. Cuando hayáis cumplido las formalidades civiles, venid a mi capilla particular, en traje de calle, acompañada por el señor Cerés, y os casaréis en el secreto más riguroso. El obispo me dará todas las licencias necesarias y todas las facilidades concernientes a las amonestaciones, la cédula de confesión, etcétera, etcétera.

Semejantes arreglos parecían a Hipólito algo peligrosos, pero los aceptó. Sentíase halagado.

—Iré de americana—dijo.

Fué de levita, con guantes blancos y botas de charol. Hizo sus genuflexiones...

Porque, las personas bien educadas...

CAPÍTULO V

EL GABINETE VISIRE

El matrimonio Cerés instalóse con decoro y modestia en un bonito piso de una casa nueva. Cerés adoraba a su esposa con llaneza y lealtad; le ocupaba muchas horas la Comisión de Presupuestos y trabajaba más de tres noches por semana en su *Informe acerca de la Reforma telegráfica*, decidido a que fuese un monumento. Evelina consideraba un poco tonta su manera de vivir, pero no la desagradaba. Lo peor era la escasez de dinero. Los servidores de la República no se enriquecen como se supone. Desde que no hay soberano que reparta favores cada cual coge lo que puede, y sus malversaciones limi-

tadas por las malversaciones de todos quedan reducidas a proporciones modestas; de ahí la austeridad de costumbres que se advierte en los jefes de la Democracia; sólo pueden enriquecerse en los períodos de grandes negocios, y son entonces objeto de la envidia de sus colegas menos favorecidos. Hipólito Cerés preveía para un tiempo cercano un período de grandes negocios, era de los que saben prepararlos; entre tanto soportaba dignamente una estrechez compartida con bastante resignación por Evelina, que no dejaba de ver al padre Douillard, frecuentaba la capilla de Santa Orberosa y cultivaba relaciones en una sociedad seria y capaz de servirla; sabía escoger sus amistades y sólo intimaba con aquellos que lo merecían. Había adquirido experiencia desde sus paseos en el automóvil del vizconde Clena y, sobre todo, no ignoraba lo que puede hacerse valer una mujer casada.

Al principio el diputado se intranquilizó porque los periodiquillos demagogos satirizaban las costumbres piadosas de su mujer, pero luego le satisfizo advertir que todos los jefes de la Democracia buscaban aproximaciones con los aristócratas y con la Iglesia.

Atravesaban uno de esos períodos (repetidos con frecuencia), en los cuales se advierte que todo se precipita. Hipólito Cerés no lo dudaba, por lo cual su política no era de persecución sino de tolerancia. Había sentado las bases en su magnífico discurso acerca de la preparación de las reformas.

El Ministerio, que adquirió fama de sobradamente avanzado, sostenía proyectos reconocidos como peligrosos para el capital; tenía en contra suya las poderosas Compañías acaparadoras, y por consecuencia los periódicos de todas las opiniones. Como el peligro aumentaba el Gabinete abandonó sus proyectos, su programa y su orientación, pero ya era tarde; un nuevo Gobierno estaba prevenido, y bastó para producir la crisis una pregunta insidiosa de Pablo Visire inmediatamente transformada en interpelación, y un hermoso discurso de Hipólito Cerés.

El presidente de la República designó para que forma-

se Gabinete al propio Pablo Visire que, muy joven aún, había sido ya dos veces ministro y era un hombre encantador, amigo de bailarinas y de cómicos, muy artista, muy sociable, de mucho ingenio, de clara inteligencia y de actividad maravillosa. Formó un Ministerio destinado a tranquilizar la opinión alarmada. Hipólito Cerés obtuvo una cartera.

Los nuevos ministros pertenecían a todos los grupos de la mayoría, representaban las opiniones más diferentes y más opuestas, pero en el fondo eran todos moderados y resueltamente conservadores. Fué reelegido el ministro de Negocios Extranjeros del anterior Gabinete, llamado Crombile, que trabajaba catorce horas al día en sus delirios de grandeza, silencioso, caviloso, receloso hasta con sus mismos agentes diplomáticos, terrible intranquilizador sin intranquilizar a nadie, porque la imprevisión de los pueblos es infinita y la de sus Gobiernos no le va en zaga.

Encargóse de la cartera de Obras públicas el socialista Fortunato Lapersonne. Era una de las costumbres más solemnes, más severas, más rigurosas, y casi me atrevó a decir más terribles y crueles de la política, tener en cada Ministerio un socialista para combatir el socialismo; de este modo los enemigos de la fortuna y de la propiedad sentían la vergüenza y la amargura de que los azotara uno de los suyos, y no podían reunirse sin que sus ojos buscasen entre ellos al que habría de castigarlos mañana. Sólo una ignorancia profunda del corazón humano permitiría suponer dificultoso el hallazgo de un socialista para semejantes funciones. El ciudadano Fortunato Lapersonne entró en el Gabinete Visire por iniciativa propia, sin la más insignificante violencia, y hasta obtuvo la aprobación de algunos camaradas; ¡tanto prestigio tienen los cargos públicos entre los pingüinos!

Al general Debonnaire se le confió la cartera de Guerra. Estaba reputado como uno de los más inteligentes generales del ejército, pero se dejó conducir por una mujer licenciada, la cual, encantadora todavía en su madurez intrigante, se había puesto al servicio de otra nación.

El nuevo ministro de Marina, el respetable almirante Vivier-des-Murenes, con fama de excelente marino, hacía gala de un espíritu religioso que desentonara en un Ministerio anticlerical si la República laica no hubiese reconocido la religión como de utilidad marítima. Atento a las instrucciones del reverendo padre Douillard, su director espiritual, el respetable almirante Vivier-des-Murenes dedicó la escuadra a Santa Orberosa, y mandó componer por algunos bardos himnos devotos en honor de la virgen de Alca para que reemplazasen al himno nacional en las músicas de la Marina de guerra.

El Ministerio Visire se declaró francamente anticlerical, pero respetuoso con las creencias y prudentemente reformador. Pablo Visire y sus colaboradores, ansiosos de reformas, por no comprometer las reformas no proponían ninguna, seguros, como verdaderos hombres políticos, de que las reformas se comprometen en cuanto se proponen. Aquel Gobierno fué muy bien acogido, tranquilizó a las personas honradas e hizo subir los valores.

Anunció la subasta de cuatro acorazados, anunció también persecuciones socialistas, y manifestó su intención inquebrantable de rechazar todo impuesto inquisitorial sobre la renta. La elección del ministro de Hacienda, Terrasson, fué muy elogiada por los periódicos más autorizados. Terrasson, viejo ministro, famoso por sus jugadas de bolsa, autorizaba todas las esperanzas de los banqueros y hacía presagiar un período de fecundos negocios. Pronto se hincharon con la leche de la Riqueza las tres ubres de las naciones modernas: el Acaparamiento, el Agio y la Especulación fraudulenta. Ya se hablaba de empresas lejanas, de colonización, y los más atrevidos lanzaron en la Prensa un proyecto de protectorado militar y económico sobre la Nigricia.

Sin haber dado aún la medida de sus talentos, Hipólito Cerés era ya considerado como un hombre de mucha valía; las gentes de negocios le estimaban. Recibía felicitaciones de todas partes por haber roto con los partidos extremos, con los políticos peligrosos, y por tener conciencia de las responsabilidades gubernativas.

La señora Cerés era la única estrella femenina del Mi-

nisterio. Crombile se acartonaba en el celibato; Pablo Visire se había casado con la señorita de Blampignon, hija de un opulento comerciante del Norte, mujer distinguida, estimada, sencilla, y enferma hasta el punto de que su falta de salud la retenía continuamente al lado de su madre en un lejano rincón provinciano. Las otras «ministras» no habían nacido para encantar los ojos, y la gente sonreía al leer que la señora Labillete lució en el baile de la Presidencia sobre su tocado un ave del paraíso. La señora del almirante Vivier-des-Murenes, más ancha que alta, con el rostro amoratado y la voz enronquecida, iba diariamente a la compra. La generala Debonnaire, larguirucha, flaca y pecosa, insaciable de amores con oficialitos, sumergida en el libertinaje y el crimen, sólo consiguió alguna consideración a fuerza de fealdad e insolencia.

La señora Cerés era el encanto del mundo oficial. Joven, hermosa, irreprochable, para seducir igualmente a los más encopetados y a los más humildes unía las elegancias de sus vestidos a la pureza de su sonrisa.

Sus salones fueron asaltados por la opulenta banca judía. Dió las fiestas más brillantes de la República; los periódicos describían sus trajes y los modistos más famosos no la consentían que los pagara. Iba mucho a la iglesia; protegía contra la animosidad popular la capilla de Santa Orberosa, y hasta hizo entrever a los corzones aristócratas la esperanza de un nuevo Concordato.

Sus cabellos de oro, sus pupilas gris de lino, su flexibilidad, su esbeltez, sus hermosas curvas, la daban todos los atractivos de una mujer verdaderamente encantadora; gozaba de buena reputación, que pudiera guardar intacta en flagrante delito: de tal modo era sagaz, tranquila y dueña de sí.

Terminó la legislatura con una victoria del Gabinete que rechazó, entre los aplausos unánimes de la Cámara, la proposición de un impuesto inquisitorial, y con el triunfo de la señora Cerés que dió fiestas en honor de tres reyes.

CAPÍTULO VI

EL DIVÁN DE LA FAVORITA

El presidente del Consejo invitó durante las vacaciones al señor y a la señora de Cerés a pasar quince días en la montaña, en un castillo que había alquilado para el veraneo y donde vivía solo. La salud verdaderamente deplorable de la señora Visire no le permitió acompañar a su marido, y continuaba como siempre, con sus padres, en el rincón de una provincia septentrional.

El castillo había pertenecido a la querida de uno de los últimos reyes de Alca; el salón conservaba sus muebles antiguos, y entre ellos el diván de la favorita. El paisaje era encantador: un hermoso río azul, el Aiselle, corría al pie de la colina donde se asentaba el castillo. Hipólito Cerés era un apasionado pescador de caña; en esa monótona ocupación sorprendía sus mejores combinaciones parlamentarias y sus más felices rasgos oratorios. Como en el Aiselle abundan las truchas, las pescaba desde la mañana hasta la noche en una lancha que el presidente del Consejo puso desde el primer día a su disposición.

Entre tanto, Evelina y Pablo Visire solían dar una vuelta por el jardín o hablaban en el salón. Evelina, que no ignoraba la seducción ejercida por aquel hombre sobre las mujeres, habíase limitado a desplegar en su presencia una coquetería intermitente y superficial sin intenciones decididas ni propósito determinado. El presidente no se había fijado mucho en ella; la Cámara y la Opera embargaban todos sus instantes, pero en el solitario castillo, las pupilas grises y las hermosas curvas se avaloraron a sus ojos. Una tarde, mientras Hipólito Cerés pescaba como de costumbre en el Aiselle, Visire la hizo sentar a su lado en el diván de la favorita. Entre los cortinajes que los protegían del calor y la excesiva claridad de un sol ardiente, algunos rayos de oro se clavaban en

Evelina como las flechas de un amor oculto. Bajo su blusa blanca todas sus formas, a la vez macizas y afinadas, descubrían su gracia y su juventud; su piel era fresca y olía a heno recién cortado. Pablo Visire se condujo como la ocasión lo requiera; Evelina no quiso evitarlo, segura de que aquello no había de tener importancia ni consecuencias; pero pronto pudo advertir su equivocación.

«Había—dice una célebre balada alemana—en la plaza del pueblo, donde da el sol, apoyada en un muro por el cual se encarama la madre selva, una estafeta de cartas, azul como las azulinas, sonriente y satisfecha.

»A diario se acercaban a ella los modestos comerciantes, los ricos labradores, el recaudador, los gendarmes, y le confiaban cartas de negocios, facturas, requerimientos, apremios, diligencias judiciales, llamamientos de reclutas... Y la estafeta seguía sonriente y tranquila.

»Satisfechos y preocupados, encaminábanse hacia ella jornaleros y mozos de labranza, criadas y nodrizas, dependientes y empleados, mujeres con sus niños de pecho; depositaban en su boca noticias de nacimientos, de matrimonios y de muertes, cartas de novios y de novias, cartas de maridos y de mujeres, cartas de madres a sus hijos y de hijos a sus madres... Y la estafeta seguía sonriente y tranquila.

»Al oscurecer, los mozos y las mozas llegábanse furtivamente para entregarla sus cartas de amor, unas empapadas en lágrimas que borran la tinta, otras con señales que indicaban el sitio donde se habían depositado algunos besos; todas interminables... Y la estafeta seguía sonriente y tranquila.

»Los ricos negociantes iban por prudencia, temprano, a entregarle sus cartas con valores, sus cartas con cinco sellos rojos, abultadas por los billetes de Banco, por las letras de cambio... Y la estafeta seguía sonriente y tranquila.

»Pero una tarde, Gaspar, que no se había llegado a ella nunca, fué a echar una carta de la cual solamente se supo que iba doblada en pliegues triangulares; y la estafeta perdió la sonrisa y la tranquilidad. La estafeta desfalleció. Desde entonces ya no se halla fija en el muro

bajo la madre selva: corre las calles, los campos y los bosques, ceñida de yedra y coronada de rosas. Anda siempre por montes y por valles, y el guarda rural la sorprendió en los trigos mientras abrazada a Gaspar le besaba en la boca.»

Pablo Visire había recobrado su habitual serenidad; Evelina continuó echada en el diván de la favorita, con aturdimiento delicioso.

El reverendo padre Douillard, maestro en teología moral y que en la decadencia de la Iglesia conservaba los preceptos inmutables, tenía razón al afirmar, conforme a la doctrina de los Santos Padres, que si una mujer comete un enorme pecado si se entrega por dinero, lo comete más enorme aún al entregarse por amor; porque en el primer caso trata de sostener su vida, lo cual no es excusable, pero es perdonable y tal vez digno de la gracia del cielo. Dios prohíbe la muerte voluntaria y ordena la conservación de sus criaturas, que son sus templos. Además, la que se entrega para vivir, queda humillada y no comparte los placeres, con lo cual disminuye su pecado; pero al entregarse por amor una mujer peca de voluptuosidad, se goza en su falta; el orgullo y las delicias que adornan su crimen aumentan su peso mortal.

El ejemplo de la señora Cerés realizaba la profundidad de estas verdades morales. Averiguó que tenía sentidos, lo cual no había sospechado hasta entonces. Bastóla un instante para este descubrimiento, que truncó su alma y trastornó su vida. Desde luego la pareció un encanto haber aprendido a conocerse. Profundizar en el propio conocimiento no es un goce cuando se ahonda en lo moral; pero ya no sucede lo mismo al ahondar en la carne, cuyos manantiales de voluptuosidad pueden ser revelados. Mostró a su revelador un agradecimiento análogo al beneficio recibido, segura de que al descubrirle los abismos celestes era el único dueño de la llave. ¿Estaba en un error? ¿La sería posible hallar otras llaves de oro? No es fácil asegurarlo; y el profesor Haddock (divulgado ya el suceso, muy pronto, como vamos a ver en esta historia), trató el asunto desde un punto de vista experimental en una revista científica y

dedujo que las probabilidades logradas por la señora C... para encontrar la exacta equivalencia del señor V..., se hallaban en una proporción de 3,05 a 975.008; lo cual era como decir que su problema resultaba insoluble. Sin duda ella lo comprendió por instinto y se aferró locamente a él.

He referido los hechos con todas las circunstancias que a mi juicio deben fijar la atención de las inteligencias reflexivas y filosóficas. El diván de la favorita es digno de la majestad histórica; en él se decidieron los destinos de un famoso pueblo; diré más: en él se realizó un acto que debía repercutir en las naciones fronterizas, amigas y enemigas, y en la Humanidad entera. Frecuentemente los sucesos de esta naturaleza, si bien son de una transcendencia infinita, escapan a los criterios superficiales, a las almas ligeras que asumen indebidamente el trabajo de escribir la historia. Por esta razón quedan ignorados los secretos resortes que determinan los acontecimientos y resultan incomprensibles las caídas de los Imperios y la transmisión de dominios, que aparecerían claras si se descubriera y se tocara el punto imperceptible que, puesto en funciones, lo ha conmovido y lo ha derribado todo. El autor de esta importante historia conoce como nadie sus defectos y sus insuficiencias, pero puede vanagloriarse de que siempre ha conservado la medida, la seriedad, la austeridad que se requieren al referir los negocios de Estado, y nunca olvidó el decoro conveniente al relato de las acciones humanas.

CAPÍTULO VII

LAS PRIMERAS CONSECUENCIAS

Cuando Evelina confesó a Pablo Visire que jamás había sentido nada semejante, él no la creyó. Acostumbrado a las femeniles astucias, sabía que las mujeres hablan así a los hombres para apasionarlos; y su experien-

cia, como a veces ocurre, le indujo a desconocer la verdad. Incrédulo, pero lisonjeado, sintió por ella mucho amor y algo más que amor. Avivóse de pronto su inteligencia; Visire pronunció, en la capital de su distrito, un discurso rebotante de gracia, de brillantez, de acierto, que fué juzgado como su obra maestra.

Se reanudó serenamente la vida oficial; asomaron en la Cámara odios aislados; algunas ambiciones timidas aún levantaban la cabeza; bastó una sonrisa del presidente para disipar las sombras. «Ella» y «El» se veían dos veces al día, y además se comunicaban por escrito diariamente. Práctico en este género de relaciones, él disimulaba, cauteloso, pero ella descubría una imprudencia loca; se presentaba con él en salones y teatros, en la Cámara y en las Embajadas, y revelaba su amor en la alegría de su rostro, en todo su sér, en los fulgores húmedos de su mirada, en la sonrisa voluptuosa de sus labios, en las palpitaciones de su pecho, en el contoneo de sus caderas, en el encanto de su hermosura radiante, ansiosa, enloquecida. Pronto el país entero estuvo informado; las Cortes extranjeras conocían el asunto; solamente lo ignoraban aún el marido y el presidente de la República. El presidente lo averiguó en el campo, gracias a un informe de la Policía traspapelado, no se sabe cómo, en su maleta.

Hipólito Cerés, aun cuando no era muy delicado ni muy perspicaz, advirtió alguna variación en su casa. Evelina, que poco antes se interesaba por sus asuntos y le demostraba, si no ternura sincera confianza: ya sólo tenía para él indiferencia y desagrado. Siempre había salido bastante, absorbida por los asuntos de Santa Orberosa, pero al presente no se la veía casi nunca en su casa y llegaba a las nueve de la noche para sentarse a la mesa, silenciosa, con expresión de sonámbula. Cerés juzgaba ridículo tanto desorden, pero cuando se preocupó de ello, sus reflexiones no le revelaron la verdad. Padecía un total desconocimiento de las mujeres y una ciega confianza en sus propios méritos y en su fortuna, que le hubieran ocultado la verdad eternamente si los dos amantes no le obligaran a descubrirla.

Cuando Pablo Visire iba a casa de Evelina y la encontraba sola, decían al besarse: «¡Aquí no, aquí no!» De pronto simulaban el uno para el otro absoluta reserva. Pero un día, el ministro de Comunicaciones hallábase muy atareado en el «seno de una Comisión». Pablo Visire vió a Evelina en su casa, y al encontrarse juntos y solos:

—Aquí no—dijeron sonrientes los amantes.

Lo repitieron sus bocas labio a labio, entre besos, abrazos y genuflexiones. Lo repetían aun mientras Hipólito Cerés entraba en el salón.

Pablo Visire fingió bastante bien, y con serenidad le dijo a la señora que renunciaba, por imposible, a librarla del granito de polvo que se le metió en un ojo. No suponía engañar con esto al marido, pero facilitaba la salida.

Hipólito Cerés se quedó anonadado. La conducta de su esposa le parecía incomprensible, y la preguntó los motivos que la impulsaron:

—¿Por qué?, ¿por qué?—repetía con angustia—. ¿Por qué?

Ella lo negó todo; no para convencerle, puesto que los había sorprendido, sino por comodidad y buen gusto, para evitar explicaciones vergonzosas.

Hipólito Cerés sufría todas las torturas de los celos. Reflexionaba: «Soy fuerte y estoy acorazado; pero la herida me duele más adentro, en lo íntimo del corazón.»

Y de pronto, al ver a Evelina hermoseedada por la voluptuosidad, satisfecha de su crimen, le decía dolorido:

—Con ése no debiste hacerlo.

Tenía razón. Evelina no debió comprometer con sus amores la marcha del Gobierno.

Hipólito sufría tanto, que agarró el revólver mientras vociferaba: «¡Le mataré!» Pero en seguida pensó que un ministro de Comunicaciones no puede matar al presidente del Consejo; y volvió a dejar el arma en el cajón de la mesilla de noche.

Las semanas pasaron sin calmar su triste sufrimiento. Diariamente se ceñía sobre la herida oculta su coraza de hombre vigoroso, y buscaba en el trabajo y en los hono-

res la paz que le abandonó. Todos los domingos presidía inauguraciones de bustos, estatuas, fuentes, pozos artesianos, hospitales, dispensarios, vías férreas, canales, mercados, cloacas, arcos de triunfo, mataderos, y pronunciaba discursos vibrantes. Su actividad ardorosa devoraba los expedientes; varió quince veces en ocho días el color de los sellos de correos; y le acongojaban dolores furiosos, enloquecedores; de cuando en cuando perdía el juicio. Si hubiera ejercido un empleo en alguna oficina particular, pronto lo echaran de ver, pero es mucho más difícil advertir la demencia o el delirio en la administración de los negocios públicos. Por entonces los empleados del Gobierno formaban Asociaciones y Federaciones con una efervescencia que tenía intranquilos al Parlamento y a la opinión. Los carteros sobresalian entre todos por su entusiasmo sindicalista.

Hipólito Cerés publicó una circular en la que reconocía la acción de los carteros como estrictamente legal, y al día siguiente lanzó una segunda circular que prohibía como ilegal toda Asociación de empleados del Estado. Dejó cesantes a ciento ochenta carteros, a los cuales repuso en sus destinos, para castigarlos después con una multa, y gratificarlos al fin. En el Consejo de ministros se hallaba constantemente a punto de estallar; apenas le contenía en los límites de la corrección la presencia del presidente de la República, y como no se atrevía a lanzarse sobre su rival, se calmaba con improperios dirigidos al general Debonnaire, que no los oía por su mucha sordera y por hallarse divertido en hacer versos para la baronesa de Bildermann. Hipólito Cerés se oponía obstinado a cualquiera proposición del presidente del Consejo. Su insensatez era ya notoria; sólo una facultad escapó al desastre de su inteligencia: conservaba el sentido parlamentario, el tacto de las mayorías, el profundo conocimiento de los grupos y la seguridad de las composiciones.

CAPÍTULO VIII

NUEVAS CONSECUENCIAS.

Acabó aquella legislatura en calma, sin descubrir el Ministerio en los bancos de la mayoría ninguna señal funesta. Pero se dedujo fácilmente de algunos artículos publicados en los periódicos moderados, que las exigencias de los banqueros judíos y católicos aumentaban de día en día, que el patriotismo de los agiotistas pedía una expedición civilizadora a la Nigricia, y que los fabricantes de acero, ansiosos de proteger las costas y defender las colonias, reclamaban con frenesí acorazados y más acorazados. Circulaban rumores de guerra; esos rumores que circulan periódicamente con la regularidad de los vientos alisios; las personas serias no les prestaban atención y el Gobierno esperaba que se desvanecieran por sí solos; pero si por desdicha creciesen producirían alarmas en el país. Los banqueros y los agiotistas deseaban la guerra colonial; el pueblo no quería guerra de ninguna clase; complaciase con las arrogancias del Gobierno, pero a la menor sospecha de un conflicto europeo su violenta emoción hubiera invadido la Cámara. Pablo Visire no sentía ninguna inquietud; las relaciones internacionales eran, a su juicio, muy tranquilizadoras; le preocupaba solamente el silencio maniático del ministro de Negocios Extranjeros. Aquel gnomo, que se presentaba en los Consejos con una cartera de mayor tamaño que su persona y repleta de asuntos, no decía nada, se negaba a responder a las preguntas aunque le fuesen dirigidas por el jefe superior del Estado y, rendido por sus tareas interminables, aprovechaba los momentos para dormir hundido en su poltrona sin dejar otro rastro de sí que su minúsculo mechón de cabellos negros sobre el filo del tapete verde.

Hipólito Cerés recobraba su aplomo y su frescura; en compañía de su colega Lapersonne se alegraba la vida

con el trato de actrices veleidosas y alegres, y cada noche los veían llegar a los figones elegantes del brazo de mujeres encapuchadas, luciendo su robustez, su corpulencia y su sombrero resplandeciente. Pronto fueron clasificados entre las figuras más simpáticas del boulevard. Se divertían, pero un dolor oculto los embargaba. Fortunato Lapersonne tenía también una herida profunda bajo su coraza. Su esposa, ex modista y ex amante de un marqués, se había ido a vivir con un *chauffeur*. Como no dejó de quererla se desesperaba al pensarlo; y algunas veces, encerrados los dos ministros en un gabinete particular entre mozas que reían, mientras chupaban cangrejos cruzaron una mirada encendida en su interno dolor y humedecieron sus ojos con una lágrima.

Hipólito Cerés, herido en el corazón, no se dejó abatir y juró vengarse.

La señora de Visire, que a causa de su poca salud seguía con sus padres en un rincón provinciano, recibió un anónimo donde se le advertía que Paul Visire, amante de una mujer casada, E... C... (adivinidad), derrochaba con ella la fortuna de su esposa, compraba automóviles de treinta mil francos y collares de perlas de ochenta mil, se arruinaba, se deshonoraba y se agotaba. La señora Visire tuvo un ataque de nervios y presentó el anónimo a su padre.

—¡Le arrancaré las orejas a tu marido!— rugió el señor Blampignon—. Es un trasto que te dejará en la miseria si no lo atas corto. Por muy presidente del Consejo de ministros que sea, no me asusta.

Al apearse del tren el señor Blampignon se hizo conducir directamente al Ministerio del Interior y entró hecho una furia en el despacho del presidente.

—¡Necesito hablaros, caballeros!

Y agitaba el papelucho anónimo.

Pablo Visire le recibió sonriente.

—Me alegro de veros, querido padre. Pensaba escribirnos para felicitaros por vuestro nombramiento de Oficial de la Legión de Honor. Esta mañana se puso a la firma.

El señor Blampignon dió efusivamente las gracias a su yerno y arrojó el anónimo a la chimenea.

De regreso en su casona provinciana encontró a su hija desconsolada y decaída.

—Vi a tu marido. Es un muchacho encantador, pero tú no sabes tratarle.

Hipólito Cerés averiguó por un periodiquillo escandaloso (los ministros se enteran siempre de los asuntos de Estado por los periódicos), que el presidente del Consejo comía todas las noches en casa de la señorita Lysiana, de los Bufos, cuya belleza le cautivaba locamente. Desde aquel día Cerés sintió el miserable goce de observar a su mujer. Evelina llegaba siempre tarde para comer o para vestirse y reflejaba en su actitud la serena fatiga de un goce realizado.

Seguro de que aun lo ignoraba, Cerés la dirigió avisos anónimos. Ella los leía en la mesa, lánguida y sonriente.

El marido creyó que su mujer no se daba cuenta de la realidad y quiso presentarle una prueba decisiva. Había en el Ministerio agentes de confianza ocupados en investigaciones secretas interesantes para la defensa nacional y que, precisamente, vigilaban a unos espías que la nación vecina y enemiga pagaba, pertenecientes al servicio de Correos y Telégrafos de la República. Hipólito Cerés les ordenó que suspendieran sus investigaciones y se ocuparan de averiguar dónde, cuándo y cómo el presidente del Consejo se veía con Lysiana. Los agentes, después de cumplir fielmente su misión, comunicaron al ministro que habían sorprendido varias veces al presidente del Consejo con una señora, y que dicha señora no era Lysiana. Hipólito Cerés tuvo la cordura de no preguntarles más. Los amores de Pablo Visire con Lysiana sólo eran una invención del propio Visire, lanzada con el beneplácito de Evelina para despistar a los curiosos y gozarse tranquilos en la sombra y el misterio.

Pero además de los agentes del ministro de Comunicaciones, los acechaban los del prefecto de Policía y los del Ministerio del Interior que se disputaban el cuidado de protegerlos; también eran acechados por algunas agencias realistas, imperialistas y clericales, por diez y ocho oficinas de estafadores que se hacen pagar el secreto de lo que descubren, por algunos policías de afi-

ción, por una muchedumbre de noticieros y una cáfila de fotógrafos que, donde cobijaran sus amores errantes, (famosos hoteles, fondas humildes, casas de la ciudad, casas de campo, aposentos particulares, castillos, palacios, museos, zahurdas), iban a sorprenderlos, y los acechaban desde los árboles, desde los muros, desde las escaleras, desde los tejados, desde las habitaciones contiguas, desde las chimeneas. El presidente y su amiga veían con espanto en torno de su alcoba provisional, barrenas que taladraban las puertas y las ventanas, berbiquies que agujereaban las paredes. Pero lo más que pudieron obtener los fotógrafos fué una instantánea de la señora de Cerés en camisa mientras se abrochaba las botas.

Pablo Visire, impaciente, irritado, perdía su alegre humor y su amabilidad; llegaba furioso a los Consejos y lanzaba invectivas, también él contra el general Debonnaire, valiente y heroico en la guerra, pero incapaz, hasta el punto de no saber cómo impedir que arraigase la indisciplina en el ejército; y el general Debonnaire a su vez abrumaba con sarcasmos al venerable almirante Vivier-des-Murenes, cuyos navíos ibanse a pique sin causas manifiestas.

Fortunato Lapersonne le oía, solapado, abría mucho los ojos y mascullaba:

—Se apropia todo lo de Hipólito Cerés, primero su mujer y ahora sus manías.

Esas discordias, reveladas por las indiscreciones de los ministros y por las quejas de los dos viejos militares que se decían dispuestos a tirar sus carteras a las narices del presidente, en vez de perjudicarle producían muy buen efecto en el Parlamento y en la opinión que adivinaba en todo aquello señales de un decidido interés por el ejército y la marina; y el presidente del Consejo se veía favorecido por la universal aprobación.

A las felicitaciones de los grupos y de los personajes notables respondía con imperturbable sencillez:

—¡Son mis principios!

Hizo encarcelar a ocho socialistas.

Al cerrarse las Cámaras, Pablo Visire fué a un bal-

neario para reponerse de sus fatigas. Hipólito Cerés no quiso abandonar su Ministerio, donde se agitaba tumultuosamente el Sindicato de señoritas telefonistas. Las castigó con una violencia extremada, porque se había vuelto misógino. Los domingos iba de pesca con Lapersonne a los pueblecillos de las cercanías, siempre con sombrero de copa, porque nunca lo dejaba desde que le hicieron ministro; y juntos olvidaban los peces para lamentar la inconstancia de la mujer y unir sus amarguras.

Hipólito, apasionado por Evelina, sufría mucho, pero ya la esperanza iluminaba su corazón. La tenía separada del amante, y deseo de recobrarla puso en conseguirlo todo su esfuerzo, toda su habilidad. Se mostró sincero, previsor, afectuoso, rendido y hasta discreto; su cariño le adiestraba en múltiples delicadezas. Decía-le a la infiel frases encantadoras y conceptos conmovedores; para enternecerla, confesábale todo lo que había sufrido.

Al cruzar sobre su vientre la cinturilla del pantalón, exclamaba:

—¡Ya ves cómo enflaquecí!

La prometía todo lo que, a su juicio, puede ser grato a una mujer: diversiones campestres, sombreros, joyas.

A veces pensaba tenerla ya propicia, porque no brillaban en su rostro reflejos de una insolente felicidad. Separada de Pablo su tristeza parecía dulzura; pero en cuanto Hipólito intentaba acariciarla, se esquivaba Evelina rebelde y adusta, encastillada en su falta como en una fortaleza.

El insistía, y se mostraba humilde, suplicante, afligido.

Una tarde le dijo a Lapersonne, con lágrimas en los ojos:

—¡Convéncela tú!

Lapersonne no accedió, seguro de que su intervención era ineficaz, pero formuló un consejo:

—Dale a entender que la desdénas, que amas a otra.

Hipólito, para poner en práctica este recurso, publicó en algunos diarios que pasaba la vida en casa de la encantadora Guinaud, bailarina. Se retiraba al amanecer; fingía, en presencia de su esposa, el espectáculo de

un goce interior imposible de ocultar; en la mesa sacaba del bolsillo una carta perfumada y la leía con fingido deleite; sus labios parecían besar en un ensueño otros labios invisibles...

Nada hizo efecto; ni llegó a darse cuenta Evelina. Indiferente a todo lo que la rodeaba sólo salía de su letargo para pedir algunos luses a su marido, y si no se los daba le miraba con desprecio, dispuesta a reprocharle su deshonor, el ridículo de que le cubría, y a humillarle a los ojos del mundo. Desde que se enamoró de Pablo gastaba mucho más en sus elegancias; necesitaba dinero, y sólo su marido podía procurárselo. En esto era fiel. Hipólito perdió la paciencia, se enfureció, amenazó a su mujer con el revólver. Un día, en presencia de Evelina dijo a su madre:

—Os felicito, señora; educasteis a vuestra hija de un modo estúpido.

—Llévame contigo, mamá—exclamó Evelina—. ¡Me divorciaré!

Hipólito la quería más que nunca.

En sus celos furiosos la acriminaba, no sin motivo, de sostener correspondencia con su amante; y para interceptarla réstablécio el gabinete negro, perturbó las correspondencias privadas, detuvo las órdenes de Bolsa, desconcertó las citas amorosas, provocó ruinas, agrió pasiones y produjo suicidios. La Prensa independiente recogía las quejas del público y las apoyaba con profunda indignación. Para justificar aquellas disposiciones arbitrarias, los periódicos ministeriales hablaron encubiertamente de conspiraciones y peligros públicos; hicieron temer algaradas monárquicas. Los noticieros peor informados daban referencias más precisas, y anunciaban el secuestro de cincuenta mil fusiles y el desembarco del príncipe Crucho.

La emoción iba en aumento; los órganos republicanos pidieron que se convocasen inmediatamente las Cámaras.

Pablo Visire volvió a la capital, reunió a sus colegas, tuvo un importante Consejo; sus agencias publicaron que se conspiraba contra la República, y que el presi-

dente, con pruebas indudables, había pasado el asunto a los Tribunales de justicia.

Inmediatamente ordenó el arresto de treinta socialistas; y mientras el país entero le aclamaba como a un redentor, burló la vigilancia de sus seiscientos agentes y se refugió con Evelina en un hotelito próximo a la estación del Norte, donde permanecieron hasta la hora del último tren.

Al entrar la doncella en el aposento que habían ocupado, vió en la pared de la alcoba, cerca de la cabecera, siete cruces trazadas con una horquilla.

Es todo lo que pudo averiguar Hipólito Cerés, que había realizado prodigios de previsión en aquellas circunstancias.

CAPÍTULO IX

LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

Son los celos una virtud de los demócratas, y los defienden contra los tiranos. Los diputados empezaban a envidiar la llave de oro del presidente del Consejo. Hacía un año que su dominio sobre la encantadora Evelina de Cerés era notorio en todo el mundo. Las provincias, donde las noticias y las modas llegan después de una completa revolución de la Tierra en torno del Sol, se enteraron al fin de los amores ilegítimos del Gabinete. En provincias se conservan las costumbres austeras; las señoras provincianas son más virtuosas que las de la capital. Para justificarlo se alegan varias razones: la educación, el ejemplo, la sencillez de la vida. El profesor Haddock pretende que su virtud se funda sólo en que llevan botas de tacón bajo.

«Una mujer—escribe en un erudito estudio publicado por la *Revista Antropológica*—, una mujer sólo produce en el hombre civilizado la sensación francamente erótica cuando la planta de su pie forma con la superficie del suelo un ángulo de veinticinco grados. Si llega

el ángulo a tener treinta y cinco grados, la impresión erótica producida en el sujeto es aguda. En efecto; de la inclinación del pie sobre el suelo depende, mientras la figura se mantiene vertical, la situación respectiva de las diferentes partes del cuerpo, especialmente de la parte baja del vientre, y las relaciones recíprocas y movimientos de las caderas, de las masas musculares que guarnecen la parte posterior y superior del muslo. Como todo hombre civilizado padece perversión genésica y sólo relaciona la idea de voluptuosidad con las formas femeninas (por lo menos mientras la figura se mantiene vertical), dispuestas en las condiciones de volumen y equilibrio producidas por la inclinación del pie que acabamos de fijar: resulta que las señoras provincianas, con los tacones bajos, no son muy apetecidas al ir por la calle, y conservan fácilmente su virtud.»

Estas conclusiones no fueron aceptadas en absoluto. Se objetó que también en la capital influida por las modas inglesas y americanas, se generalizó el uso de los tacones bajos sin que produjesen los efectos indicados por el sabio profesor; además, que la pretendida diferencia entre las costumbres de la metrópoli y de las provincias acaso es ilusoria, y si existe se debe, al parecer, a que las grandes poblaciones ofrecen al amor ventajas y facilidades que las pequeñas no disfrutaban.

Sea como sea, lo cierto es que las provincias comenzaron a murmurar, escandalizadas contra el presidente del Consejo, lo cual no era un peligro aun cuando podría llegar a serlo.

Por de pronto el peligro no aparecía en parte alguna y estaba en todas partes. La mayoría se mantuvo firme aun cuando los jefes de grupo se mostraban exigentes y morosos. Hipólito Cerés no hubiera sacrificado jamás a la venganza sus intereses, pero al considerar que sin comprometer su propia fortuna podía reducir secretamente la de Pablo Visire, hizo un estudio para crear con arte y prudencia dificultades y peligros al jefe del Gobierno. Aun cuando se hallaba muy por debajo de su rival en talento, en cultura y en autoridad, le superaba en las habilidosas maniobras de los pasillos. Los más sagaces

parlamentarios atribuían a su abstención los recientes desfallecimientos de la mayoría. En las Comisiones fingía imprudencia y apadrinaba peticiones de crédito a sabiendas de que el presidente no las aceptaría. Su torpeza intencionada produjo un violento conflicto entre el ministro del Interior y el subsecretario. Su odio ingenioso encontró una salida por sendas tortuosas. Pablo Visire era primo de una mujer pobre y galante que llevaba su nombre. Acordóse Cerés oportunamente de Celina Visire; la protegió, la procuró relaciones con hombres y mujeres, y contratas en los cafés cantantes. Instigada por él representó pantomimas unisexuales tan escandalosas como ruidosamente rechazadas. Una noche de verano ejecutó en los Campos Eliseos, ante una muchedumbre tumultuosa, danzas obscenas al compás de una música incitante que resonaba en los jardines donde el presidente de la República festejaba la visita de unos reyes. El nombre de Visire, asociado a esos escándalos cubría los muros de la ciudad, llenaba los periódicos, volaba por los cafés y por los bailes públicos en hojas con dibujos libertinos, deslumbraba con letras de fuego sobre los bulevares.

A nadie se le ocurría suponer al presidente del Consejo responsable de la indignidad de su prima, pero como al cabo llevaba su nombre disminuyó bastante su prestigio.

Unióse a esto una inconveniente alarma. Con motivo de un asunto sin importancia discutido en la Cámara, el ministro de Instrucción pública y de Cultos (Labillette, hombre bilioso a quien las pretensiones y las intrigas del clero exasperaban), amenazó con cerrar la capilla de Santa Orberosa y habló sin respeto de la virgen nacional. La mayoría se levantó indignada. La izquierda apoyó, contra su gusto, al ministro temerario. Nadie se preocupaba de atacar un culto que producía treinta millones anuales al país. Bigoud, el más moderado entre los hombres de la derecha, transformó el asunto en interpelación y puso en peligro al Gabinete.

Afortunadamente el ministro de Obras públicas, Fortunato Lapersonne, atento siempre a lo que obliga el

poder, supo remediar, en ausencia del presidente del Consejo, la inoportunidad y la inconveniencia de su colega de Cultos, y subió a la tribuna para sostener que el Gobierno respetaba a la celeste Patrona del país, consoladora de tantos males que la ciencia no puede remediar.

Cuando Pablo Visire, libre al fin de los brazos de Evelina compareció en la Cámara, ya se había conjurado el peligro. Pero el presidente del Consejo se vió obligado a dar importantes compensaciones a las clases directoras. Propuso al Parlamento la subasta de seis acorazados y reconquistó así la simpatía del acero; aseguró una vez más que no habría impuesto sobre la renta, y mandó detener a diez y ocho socialistas.

Pronto le acosaron dificultades más terribles. El canciller del imperio vecino, en un discurso acerca de las relaciones exteriores de su soberano deslizó, entre apreciaciones ingeniosas y advertencias profundas, una malévolas alusión a las pasiones amorosas en que se inspiraba la política de una poderosa nación. Este alfilerazo, acogido con sonriente complacencia en un Parlamento imperial, debía producir molestias en una República suspicaz. Despertó susceptibilidades que se convirtieron en encono contra el ministro enamorado; los diputados aprovecharon un pretexto frívolo para demostrar su descontento, y al tratarse de un incidente ridículo provocado por la calaverada de un subprefecto que se divirtió como un estudiante en un baile público, la Cámara obligó al ministro a dar explicaciones y faltó poco para que le derribaran. En opinión general nunca había estado Pablo Visire tan débil, tan blando, tan caído como en aquella deplorable sesión.

Convencido de que sólo podría salvarse con arrestos de político audaz, propuso la expedición a Nigricia reclamada por los banqueros y los industriales opulentos, que aseguraría concesiones de inmensos bosques a las sociedades capitalistas, un empréstito de ocho mil millones a los establecimientos de crédito; ascensos, recompensas y cruces a los oficiales de tierra y de mar. Inmediatamente se presentó el inevitable pretexto: una injuria

que vengar, un crédito que defender. Seis acorazados, catorce cruceros y diez y ocho transportes penetraron en la embocadura del río de los Hipopótamos; seiscientas piraguas se opusieron en vano al desembarque de las tropas. Los cañones del almirante Vivier-des-Murenes produjeron un efecto devastador entre los negros, que respondían con bandadas de flechas y que, a pesar de su heroísmo fanático, fueron absolutamente vencidos. Avivado por los periódicos que recibían subvenciones de los banqueros, estalló el entusiasmo popular. Solamente algunos socialistas protestaron contra la aventura bárbara, equívoca, peligrosa; y fueron inmediatamente detenidos.

Mientras el Ministerio, apoyado por los poderosos y defendido por los demás, parecía inquebrantable: Hipólito Cerés, inspirado por sus odios, adivinó el peligro.

Se entregaba el país a una borrachera de gloria y de negocios, pero el Imperio vecino protestó contra la ocupación de la Nigricia por una potencia europea; sucediéronse las reclamaciones, cada vez más frecuentes y cada vez más apremiantes. Los periódicos de la República disipaban todos los motivos de inquietud. Viendo agigantarse la amenaza, Hipólito Cerés resolvió arriesgarlo todo, hasta la suerte del Ministerio, y trabajaba cautamente para perder a su enemigo. Inspiró a escritores adictos a su persona artículos que aparecieron en periódicos oficiosos, en los cuales se atribuían al jefe del Gobierno intenciones belicosas.

A la vez que despertaban un eco terrible en el extranjero, esos artículos alarmaron la opinión en un país entusiasta del ejército y enemigo de la guerra. Interpelado acerca de la política exterior del Gobierno, Pablo Visire hizo declaraciones tranquilizadoras y prometió mantener una paz compatible con la dignidad nacional. El ministro de Negocios Extranjeros, Crombile, leyó una «nota» en absoluto ininteligible, puesto que estaba redactada en lenguaje diplomático. Sostuvo al Ministerio una gran mayoría.

Pero los rumores de guerra no cesaban; y para evitar alguna peligrosa interpelación, el presidente del Conse-

jo distribuyó entre los diputados ochenta mil hectáreas de bosques en Nigricia, y mandó detener a catorce socialistas. Hipólito Cerés iba por los pasillos muy triste, y comunicaba a los diputados de su grupo sus esfuerzos para conseguir que prevaleciera en el Consejo una política de paz.

De día en día los rumores siniestros aumentaban, preocupaban al público, sembraban el malestar y la inquietud. Hasta Pablo Visire se acobardó, turbado por el silencio y la ausencia del ministro de Negocios Extranjeros. Crombile no iba a los Consejos; se levantaba a las cinco de la mañana, trabajaba diez y ocho horas en su despacho, y caía rendido en el cesto de los papeles, donde los porteros le recogían al rebuscar documentos que vender a los agregados militares del Imperio vecino.

El general Debonnaire se preparaba, seguro de una próxima campaña. Lejos de temer la guerra la pedía constantemente a voces; confiaba sus generosas esperanzas a la baronesa Bildermann, y ésta lo comunicaba inmediatamente a la nación vecina, la cual, por su aviso, movilizó un ejército. El ministro de Hacienda, sin desearlo, precipitó los acontecimientos. Tenía pendiente una jugada a la baja, y para producir pánico lanzó a la Bolsa la noticia de una guerra inevitable. El emperador vecino, engañado por aquella maniobra y temeroso de que invadieran su territorio, dispuso a toda prisa la defensa. Espantóse la Cámara y derribó al Ministerio Visire por una enorme mayoría (ochocientos catorce votos contra siete, y veintiocho abstenciones). Ya era tarde; la nación vecina y enemiga había retirado su embajador; con ocho millones de hombres invadía la patria de la señora de Cerés.

Generalizóse la guerra, y el mundo entero se ahogó en un mar de sangre.

APOLOGIA

DE LA

CIVILIZACIÓN PINGÜINA

Había pasado medio siglo desde los sucesos que acabamos de referir, cuando la señora Cerés murió, respetada, venerada y viuda, a los setenta y nueve años. A sus modestos funerales asistieron los huérfanos de la parroquia y las hermanas de la Sagrada Mansedumbre.

La difunta legó todos sus bienes a la Obra de Santa Orberosa.

—¡Ay!—suspiró el reverendo Monnoyer, canónigo de San Mael, al recibir tan piadosa herencia—. Ya era tiempo de que una generosa fundadora socorriese nuestras necesidades. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes nos miran indiferentes o se apartan de nosotros; y cuando nos esforzamos para encaminar por la buena senda las almas extraviadas: ni promesas, ni amenazas, ni dulzura, ni violencia; nada nos vale, nada conseguimos. El clero de la Pingüinia gime desolado; nuestros curas rurales han de vivir de su trabajo, y emplean con frecuencia sus manos sagradas en oficios viles. En nuestras iglesias ruinosas la lluvia del cielo se filtra sobre los fieles, y durante los santos oficios caen piedras de las bóvedas. El campanario de la catedral se derrumba. Los pingüinos olvidaron a Santa Orberosa; su culto fué abolido, su santuario está desierto. Sobre la urna de sus reliquias, despojada ya del oro y de las piedras preciosas, las arañas tejen silenciosamente su tela.